

“LA CARTA PERDIDA”

VACAS

Querido Peru: Deseo que la salud y la paz os acompañen a ti y a tu familia por aquellas tierras tan lejanas de América. ¿Cómo van los dolores de espalda de padre? Me reí mucho cuando me dijiste que su médico achaca esos males a tantos años abrazando el hacha y partiendo troncos. Si supiera ese doctor lo feliz que era padre...

He encontrado un nuevo cómplice para escribirte estas cartas que tanta vida me dan, que tanto aire me traen, que tanta nostalgia me producen... Tras morir el abuelo no supe qué hacer, quién me iba a ayudar a poner en papel mis palabras y pensamientos... Pero conocí hace unas semanas a don Federico. Es el nuevo maestro de la escuela. Es un buen hombre, muy afable con la gente. Ha dado una nueva vida al pueblo. Es muy amigo de madre. Tiene un hijo que se llama Ángel, un tanto tarambanas dice don Federico, con mucha imaginación. Le ayuda en el mantenimiento de la escuela: comprando material para escribir y libros, atizando la calefacción, arreglando los cada día más habituales desperfectos de la vieja escuela... Don Federico me está ensañando a leer y escribir. Dice que soy una alumna testaruda y que no pongo atención. Si te soy sincera el único motivo que me empuja a aprender es llegar a escribirte yo misma algún día, sin la ayuda de nadie, y leer tus cartas en la intimidad de la noche, en mi camastro, sin otra persona que me mire de reojo mientras traduce tus letras en sonidos de voz.



Solemos ir al bosque a pasear mientras le dicto las cartas. A veces vienen madre y Ángel. Al hijo de don Federico le gusta mucho nuestro tronco, el agujero encendido. Dice que es espeluznante, que salen voces de él, que huele a muerto, que no tiene fondo... Eso ya lo sabemos nosotros hace muchos años, el abuelo nos lo enseñó, ¿te acuerdas? Cuanto disfrutábamos con el abuelo, Peru: cazando lagartos, cogiendo setas, asustando a los jabalíes que nunca veíamos, llevando a las vacas a pastar a lugares mágicos del bosque, donde nace la más sabrosa hierba... Don Federico tiene muchos cuadernos, con unas tapas muy hermosas que él mismo pinta. Tiene como afición escribir cuentos de misterio y terror. Madre le enseñó un día los cuadros del abuelo. Le gustaron mucho. A Ángel le dieron algo de miedo. Dijo que el abuelo Manuel estaba loco, que sólo veía rabia y dolor en sus pinturas. A mí me encantan, me traen a la cabeza nuestra infancia, con los animales, los juegos y contigo a mi lado... Cuánto te quiero, Peru. A veces confundo tu sombra en la oscuridad del bosque y creo verte. Cuando estoy ordeñando pregunto a las vacas que cuándo volverás. Me miran con extrañeza, con esos ojos tan profundos que te pierdes en ellos. Vuelve Peru. Espero tu próxima carta como la llegada de la primavera. Tu ausencia hace que no acabe el invierno. Nunca.

Un largo beso, que cruce el mar.
Cristina.